

Ortodoxia, coherencia y dogmas

2019-10-29



Langile
Mugimendua
Historia

JON KORTAZAR

Está de moda renegar de los dogmas y de la ortodoxia. Es una palabra fea, que suena a eclesial. Y en nuestra época todos somos ateos, más ateos que los ateos; pero más como una "opción vital" que como una consecuencia del materialismo dialéctico. Nietzsche nos dijo que Dios había muerto, y nosotros hemos matado a todos los "dioses", o hemos convertido ese objetivo en una cuestión vital. Somos iconoclastas o asesinos de dioses. Las ideologías, el método, la narrativa histórica, el sujeto, la revolución, el partido; ninguno de esos dioses nos sobrevive.

Ha habido tres opiniones que me han dado que pensar sobre este asunto. El primero es un artículo escrito por Iñaki Seguro en *Urolako Hitza* sobre los jóvenes socialistas. Allí explica que está a favor de la mayoría de las cosas que hacen dichos jóvenes, pero no a favor de la mayoría de las cosas que dicen; ya que le parece que usan un lenguaje demasiado rígido, incomprensible y duro (a lo mejor no soy yo quien debe sentirse aludido, ya que Seguro me lanza alguna flor en ese artículo). El segundo se trata de algo dicho por el conocido tuitero comentarista de la actualidad que firma como "txerren". El mensaje de este es que le abruma la "ultra-coherencia". He discutido con el mismo a cuenta de este mensaje, y su argumentación era que "No le gustaba el tener que estar a favor o en contra de nosotros". El tercero es una viñeta publicada hace unas semanas por el dibujante Unai Iturriaga Zugazart: un hijo se queja de que su madre "compra en un supermercado capitalista imperialista", esta le da una "bofetada revolucionaria" para callar la cháchara de su poco colaborativo hijo.

Los tres, pese a algunos matices, publican la misma idea: criticar o atacar o alejarse de cierta rigidez que desprende la palabra "coherencia". Pero no quiero detenerme en ellos, ya que no conozco sus motivaciones exactas, pero sí que expresan un fenómeno más amplio. La "coherencia", o mejor dicho, la ortodoxia, es otro "dios caído", algo que limita nuestra "libre individualidad", nos sitúa dentro de una narrativa "trascendental" "exterior", en manos de un único sujeto importante. Toni Negri y Michael Hardt fueron quienes pusieron de moda el concepto de la política como creación, esto es, la "Multitud" como sujeto, debido a su versatilidad y posibilidad de cambiar de batallas, sin un sujeto histórico conductor, con el "deseo de transformación" como un único impulso. Nosotros queremos la lucha aquí y ahora, no limitada por el pasado ni por el futuro. En estos tiempos líquidos de la subjetividad sin límites, el propio concepto de militancia, que está visto como "Ortodoxia" se cuestiona cada vez más.

Los que somos ortodoxos -en más de un sentido de la palabra- no somos bien vistos en la sociedad líquida del siglo XXI, somos el último bastión de dicha inmovilidad, una mancha en el mundo feliz del pluriactivismo. Queremos luchar, actuar, politizar bajo un sujeto histórico con la trascendencia de una tradición histórica, cuando nadie quiere ese tipo de sujetos. Hoy en día, cada uno quiere definir sus luchas desde este momento. En cambio, hoy en día no nos gusta la continuidad, sino la inmediatez y la flexibilidad. Y como dios (el Partido, el sujeto histórico) ha muerto, queremos una lucha multisectorial, cuanto más mejor, para

que podamos elegir a nuestro gusto. La "Interseccionalidad" es la nueva doctrina que nos salvará, entender los fenómenos políticos e históricos bajo el marco de la lucha contra el capital es "coerción", "inmovilismo", "dogmatismo"; esto es, "perderse en grandes palabras" contra la "diversidad" y "particularidad" (¡o relegando estas!). Además de ello, la interseccionalidad nos da la oportunidad de decidir entre muchas luchas. Más que luchar por el socialismo actualmente se oye cada vez más la lucha "contra el capitalismo". Una y otra vez, ese concepto, inadvertidamente, se nos aparece como más polisémico, por tanto permite mayor "flexibilidad". No vivimos por la revolución, queremos vivir la revolución. Más que militantes, nos hemos convertido en "activistas".

¿Pero es esta rigidez patrimonio exclusivo de "ortodoxos" y "dogmáticos"? ¿No hay ningún tipo de rigidez en el tipo de militancia actual? Según el autor británico Mark Fisher, hoy en día existe otra celebración de la "coherencia", que explica mediante la metáfora del "castillo del vampiro", para describir la lucha en torno a los símbolos que acontece en el seno de la izquierda. En esa lucha de símbolos, según Fisher, existen los "sacerdotes" -que excomulgan-, los "académicos" -que marcan los errores de falta de pureza- y los "hipsters" -que están deseosos de ser aceptados, y por ello toman posturas lo más inquisitoriales posibles-. Según Fisher, este tipo de dispositivo ha funcionado sobre todo en el seno de la izquierda identitaria, esto es, dentro de la "izquierda de sujetos múltiples", donde se ha sacralizado la "Individualidad" y la validez de las opiniones que depende de ésta (esto es, la validez de las opiniones basado en eso que llaman "revisión de privilegios"). Mi amigo Jimmy Muelles denunció en un artículo que esta "micropolítica foucaultiana de las identidades" tenía como resultado la vigilancia mutua entre nosotros y dificultar la comprensión de la raíz última de toda opresión -la económica- así como la comprensión de su funcionamiento. En fin, la "Ultra-coherencia" y el dogma siguen existiendo, pero en este caso en torno a las subjetividades (y no en torno a ideología colectivas) y a las identidades, no en torno a un movimiento colectivo. Según Fisher el "castillo del vampiro" -esto es el consorcio de sacerdotes, académicos y hipsters en torno a la diversidad- ha sido "un dispositivo para desarticular la lucha de clases". De hecho, desde hace años aquí, dentro de la izquierda se busca la ultra-coherencia de la interseccionalidad; esto es, la coherencia de las "costumbres diarias". Recuerdo cuando se nos decía que había que cambiar las "costumbres diarias" (el referente para muchos David Fernández colocaba ahí la lucha contra el capitalismo en una charla que dio en Alternatiben Herria), estimular la participación, renegar de la publicidad comercial, "utilizar el género inclusivo", "consumir en tiendas locales", "renegar de espacios comerciales", mostrar "compromiso" con todas las luchas -¡en la misma medida!- renegar del "apropiacionismo cultural" (!!)... pero no había una estrategia eficaz para la lucha de clases (si no era una relegación de la misma). La heterodoxia se ha convertido en nueva ortodoxia.

En nuestra casa también hemos estado abducidos por dicha moda, ya que Euskal Herria no es un lugar más consciente que el resto ideológicamente hablando. Encontramos aquí a mansalva a los "sacerdotes" o "hipsters" que Fisher denunciaba, menudeando sobre todo dentro del llamado Movimiento Popular (con M y P mayúsculas, ya que aunque hayamos matado al Dios-Partido de vanguardia parece que no somos tan ateos como pensábamos). Un amigo me dijo una vez que el "Movimiento Popular" en la Euskal Herria del siglo XXI, no es más que una "asociación de bienquedadas", dirigida por activistas de clase media

progresista y filtrado por medios de comunicación cercanos a ellos. Sin entrar en afirmaciones de ese tipo, lo que sí está claro es que cada vez se ha visto peor ligar palabras como “coherencia” o “compromiso” con la universalidad de la lucha de clases o una ideología derivada de ésta. También aquí se ha equiparado el mosaico de luchas con la coherencia (¡cuántas veces se nos habrá acusado a los marxistas de anticuados por no poner prefijos como “eco-”, “femi-” o apellidos como “crítico!”). para los revolucionarios vascos del siglo XXI el socialismo es otra parte de un puzzle multicolor. Prácticamente, el marxismo no era aceptable si no era como otro brazo de una macedonia movimentista, esto es, como otro “movimiento” parte del paisaje, “de quita y pon”; pero siempre dentro de la lógica del “*plurimovimentismo*”, esto es, sin el análisis materialista dialéctico que le es propio, sin derecho a ese análisis (no concibo mayor folklorización del marxismo que éste). El niño de la viñeta de Unai Iturriaga no abroncó a su madre por primera vez ayer al mediodía, lleva años haciendo eso con el aplauso del *stablishment* progresista vasco. Esto es, la ultra-coherencia ha sido bien vista siempre que no obedezca a otra condición: que el hecho de que esa coherencia estuviese supeditada a una estrategia política. En este caso, lo que ha llevado a ligar “coherencia” con “dogma” ha sido el ligar esa coherencia a una estrategia socialista, en vez de a interpretaciones coyunturales o instantáneas o a deseos individuales o colectivos.

El problema que se nos presenta aquí no es moral, pese a que la moralidad frecuentemente se trastrueca en ideología (sí, es una ideología, ya que piensa que la racionalidad humana, liberada de todas sus trabas puede (re)crear una realidad). Ya que no existe ninguna ciencia limitada al método (salvo en cenáculos académicos, y aquí también con cada vez menos frecuencia). El anti-dogmatismo o la heterodoxia, no existen: sin más, son un vacío, es pura palabrería moral. Pura ideología. Ya hemos visto que “ortodoxia” y “heterodoxia” no significan gran cosa si no es en relación a algo (una ideología conductora, sea “histórico-trascendental” o “coyuntural-plural”) o a una situación concreta (donde ya hemos afirmado que los conceptos “ortodoxia” y “heterodoxia” pueden ser intercambiables). ¿Con qué objetivos se cambian nuestras costumbres, métodos y “cotidianeidad”? ¿A dónde lleva esto si no es más que a dar vueltas cíclicas ininterrumpidas en la rueda de la coherencia y la democracia? Si no disponemos de un concepto de continuidad histórico lineal de la lucha, esto es, si la historia y su discurrir no define la lucha, sino que si somos nosotros quienes “escogemos” por qué luchas y por qué no, estamos realizando una apología del concepto liberal de la “libertad”: otra vez el viejo aforismo que la conciencia (individual) crea la realidad; el objetivo sustituido por un movimiento cíclico sin fin.

Un grupo de jóvenes socialistas ha decidido romper con esto y apuntalar una estrategia de lucha de clases contra el capital –y las relaciones determinadas por éste-. Esa es la novedad, no tanto el lenguaje o el uso de la coherencia como arma arrojada. Estamos ante un cambio de paradigma, y quizá esta lucha de paradigmas sea la que marque la lucha político-ideológica en –al menos a nivel ideológico- en los años venideros en Euskal Herria.